

12ª estación: Jesús muere en la cruz

(Te adoramos oh Cristo y te bendecimos porque con tu santa cruz redimiste al mundo)

Tu voz, tu mirada, que en este instante se apagarían para siempre.

De tu muerte en la cruz brotará hasta el fin de los siglos la vocación de todo cristiano.

Mirada que inunda el corazón de luz; llamada y voz que nos penetran con la melodía de su canción.

Mirada y voz con las que Dios nos abraza y sella para siempre, queriéndolo solo para sí.

Mirada y voz que se convierten en gemido de Cristo: «Tengo sed, no de tu agua, sino... ¡sed de tu sed!» Mirada y voz que despertaron esa sed incontenible... el anhelo y la sed de ser solo de Dios.

En el don inmerecido de la vocación descubres por primera vez la experiencia de tu propia sed; inexplicable sed, pero sed, la más verdadera.

En ese momento, al verle morir en la cruz, lo único que eres capaz de decir, tu única plegaria, es: «¡Jesús, tengo sed de ti! ¡Tengo sed de tu amor!».

13ª estación: Jesús es bajado de la cruz

(Te adoramos oh Cristo y te bendecimos porque con tu santa cruz redimiste al mundo)

La vida en nuestro pobre mundo empezó para ti en brazos de tu Madre, en aquella fría noche del establo. Fue noche de gloria celestial, de estrellas, silencio, de magos y de pastores. Tu Madre y el bendito José te presentaron al mundo lleno de vida y bondad. En esta tarde, Cristo del Calvario, los hombres te ponemos de vuelta en esos mismos brazos. En Belén en sus brazos pequeño...y al pie de la cruz en sus brazos muerto y humillado.

¡Quién pudiera Madre, comprender el dolor de tu corazón! En la cima de un monte, la humanidad de Cristo es arropada en tu regazo como tantas veces, la Iglesia, intenta abrazar y alcanzar a cuerpos humillados, empobrecidos, injuriados, rechazados y malheridos por el azote de los nuevos tiempos.

Te despojamos oh Señor, finalmente, ¡de la vida! Así, mientras más subías al monte más ibas abajándote y rebajándote hasta que, de ti, ya no quedó nada. **Pero ni entonces, ni hoy ni mañana nos podrán despojar de lo que, al pie de la cruz nos dejaste, una Madre con los brazos abiertos.**

14ª estación: Jesús es puesto en el sepulcro en espera de la resurrección

(Te adoramos oh Cristo y te bendecimos porque con tu santa cruz redimiste al mundo)

¡Viernes Santo! ¡El día en que el hombre se deshizo de Dios! Y, desde entonces, nuestros días se han convertido en un trágico sábado santo. En horas de ausencia y silencio de Dios. En un desierto donde andamos perdidos y, lo que es peor, en una oportunidad para que el mal, las ideologías y los nuevos dioses, acampen a sus anchas. ¿Es que el mundo marcha mejor sin Dios? ¿O tal vez algunos lo manejan mejor sin Él?

Si Dios ha muerto, ¿de verdad vale la pena vivir? Lo triste es que hoy masas de la humanidad ni siquiera se toman la molestia de preguntarse de si vive o ha muerto. Lo malo es que a muchos ya no les da ni frío ni calor. Y eso...si que nos urge a salir de nuestros sepulcros cómodos y dar razón de lo que creemos y sentimos: ¡CRISTO VIVE! Y a nosotros eso sí que no nos resulta indiferente. Y es que, Cristo, nos deja a veces fríos y a veces es fuego abrasador.



CAER PARA LEVANTARNOS

Víacrucis 2018

(Delegación de Religiosidad Popular de Pamplona)

Javier Leoz

Adaptación de los textos de Christopher Hartley



I estación: Jesús condenado a muerte

(Te adoramos oh Cristo y te bendecimos porque con tu santa cruz redimiste al mundo)

Seguro que, a lo largo de la vida todos nos hemos preguntado alguna vez: «¿Qué hago con Jesús?» A veces no sabemos lo que hacer con Él. Nos cansamos de seguirle. Le ponemos como uno más en el diminuto panteón de nuestros ídolos y diosillos particulares que usamos cuando nos conviene para luego arrinconarte.

Condenarte es condenarnos. Nos condenamos cuando ya no sabemos «qué hacer con Jesús», como el pobre Pilato. Nos condenamos cuando no somos uno de más de la chusma que grita con sus palabras o sus silencios cobardes: «¡Crucificalo!».

II estación: Jesús con la cruz camino del Calvario

(Te adoramos oh Cristo y te bendecimos porque con tu santa cruz redimiste al mundo)

Caminar así, con la cruz, junto a ti; mi única razón para vivir, mi única razón para morir, mi única razón para gastar la vida. ¿Te busco así, Señor?

Cargas con la cruz porque estás inseparablemente amarrado al Padre; cargo con la cruz porque estoy inseparablemente adherido a ti. En ella y por ella soy tuyo... «Tuya soy, para vos nació...». Sí, nació para ti, para llevar la cruz, hombro con hombro, corazón con corazón... ¿Y mi recompensa? Un manojo de rosas hecho de las astillas, de tu bendita cruz.

III estación: El Señor cae bajo el peso de la cruz

(Te adoramos oh Cristo y te bendecimos porque con tu santa cruz redimiste al mundo)

¿Quién no se ha caído alguna vez? ¡La vergüenza que nos da caer! Caemos porque nos fallan las fuerzas, por la zancadilla del que creía amigo, porque en mi ambición me eché más carga de la que podía soportar. Caemos por falta de solidaridad y de comunión. Caemos cuando nos empeñamos en avanzar solos. Sin ser obedientes a nada ni a nadie.

Cayendo Jesús –el hombre-Dios– ya no nos puede dar vergüenza caer, porque caigamos con culpa o sin ella, caigamos por nuestras estupideces y pecados, o caigamos por las zancadillas y traiciones de otros, ya nadie cae solo. **¿Dónde cae un hombre en el que no caiga Dios con él y en él?**

4ª estación: Jesús encuentra a su Madre

(Te adoramos oh Cristo y te bendecimos porque con tu santa cruz redimiste al mundo)

Madre, mientras tú me mires ya no habrá caída de la que no me pueda levantar. Y es que hay tantas miradas: lascivas, lujuriosas, envidiosas, burlonas, condenatorias que nos hacen caer... Y, sin embargo, frente a todas esas miradas del mundo, basta tu mirada, Madre, para que yo, tu Hijo Jesús, me pueda levantar. Si todo el mundo experimentara la fuerza virginal de tu mirada, no habría caído que no se volviera a levantar.

Todo hombre que viene a este mundo caerá para siempre –el infierno– o entrará triunfante en la gloria –el cielo– por una decisión de vida frente a mí. Te lo dijo Simeón cuando me llevabas en brazos ocho días después de nacer. Nací de tus entrañas para ser signo de contradicción.

5ª estación: El cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz

(Te adoramos oh Cristo y te bendecimos porque con tu santa cruz redimiste al mundo)

¡Lo que pesa la cruz cuando hay que llevarla a la fuerza! Pero sobre todo, cuánto pesa la cruz que no es nuestra, esa que nos viene impuesta por culpa de otros, por las circunstancias de la vida.

Es muy posible que Jesús y el cirineo no se conocieran de nada. Cuántas veces nos utiliza el Buen Dios para llevamos a circunstancias que no son las nuestras. Pasaba por allá y.....es cuando nos damos cuenta que en “ese pasaba por ahí” es donde nos sentimos escogidos y descubrimos muchos misterios. Donde nos sentimos privilegiados inmerecidos de empujar a la cruz y no echar peso sobre ella. Porque, al ser cirineos, colocamos nuestro hombro sobre el madero para elevarlo hasta el Gólgota y desde el Gólgota a la gloria. **¡Grande caminar y buscar a Jesús en la cruz de los demás!**

6ª estación: La Verónica limpia el rostro de Cristo

(Te adoramos oh Cristo y te bendecimos porque con tu santa cruz redimiste al mundo)

Lo peor de nosotros mismos no es todo el mal que habremos hecho a lo largo de la vida, sino la cantidad de veces en las que viéndote solo, amaratado y tiritando, sencillamente no hemos hecho nada. Qué fácil ensalzar y acariciar lo que el mundo endiosa. Qué difícil ir contracorriente: salir de la masa y ser testigos. Salir de la timidez apostólica y ser defensores de nuestra fe. Salir de nuestra cobardía y dar la cara por Cristo. Las periferias de la Iglesia no están muy lejos de ella: en nuestras familias, en nuestra vida sacerdotal o laical, en nuestras parroquias, en nuestros trabajos, ocio, deporte y tantas realidades podemos ser verónicas. Personas que curemos muchas heridas o espectadores de una competición donde esperamos que gane el mejor dejando de lado a muchos vencidos

7ª estación: Jesús cae por segunda vez en el suelo

(Te adoramos oh Cristo y te bendecimos porque con tu santa cruz redimiste al mundo)

A llevar la cruz se aprende llevando la cruz.

Y cada uno cae a su manera y cada uno se levanta como puede. Pero la segunda caída es diferente de la primera; porque la primera es la primera y no la esperábamos, pero cuando te has caído una vez ya sabes que te puedes volver a caer mil veces.

Hay gente en este mundo que cae porque se lo ha buscado con su torpeza y su pecado; pero hay quien cae por ayudar a llevar la cruz del hermano.

A veces **dejarnos caer** es la gracia más grande que hemos recibido y la que probablemente menos hemos agradecido. **¡Cuánto –Dios mío– no habremos aprendido de nuestras propias caídas!**

Caerse la segunda vez no es de fracasados, es de aquellos que, al levantarse, quedan sorprendidos al verse más cerca, más amigos, más compañeros, de Jesús el Nazareno.

8ª estación: Jesús habla a las mujeres de Jerusalén

(Te adoramos oh Cristo y te bendecimos porque con tu santa cruz redimiste al mundo)

Esas mujeres de Jerusalén hacen lo que pocos hacemos. Lo que tantos ya se han olvidado de hacer: llorar. Sí, llorar por Jesús. Llorar, qué importante es llorar... como lloró en no pocas ocasiones Jesús,

como lloraría su Madre bendita; como lloró Pedro, el duro patrón de Galilea. Y como han llorado tantos santos, tantos amigos del Señor a lo largo de los siglos. Ya lo decía el santo Cura de Ars: **«¿Señora, que por qué lloro? Lloro porque usted no llora...».**

Casi podría decirse: «Bienaventurados los que lloran por los que ya no lloran...». Nos debería dar auténtico terror la gente que no llora, porque es que entonces habremos dejado de ser cristianos, habremos dejado de ser personas...

9ª estación: Jesús cae en el suelo por tercera vez

(Te adoramos oh Cristo y te bendecimos porque con tu santa cruz redimiste al mundo)

Si es verdad que cada caída nos desfigura, no es menos verdad que cada caída también nos configura un poco más con nuestro Cristo del calvario.

El problema no es volver a caer, el problema es no saber hallar el lugar donde de verdad levantamos. Habrá muchas manos tendidas que, a lo largo de los tropiezos de la vida, nos han ayudado a levantarnos, pero hay un lugar, sin duda, donde todos nos hemos levantado, y no levantado a ser quiénes éramos antes, sino a la altura de los gigantes.

Nadie nos ha levantado del lodo y el fango como ese sacerdote que en el confesionario nos dijo palabras suaves como aceite y bálsamo recordándonos en el confesionario las palabras del mismo Jesucristo **“Vete en paz, ¿nadie te ha condenado? Tampoco yo te condeno... Porque al que mucho ama mucho se le ha perdonado, tu fe te ha salvado...».**

10ª estación: Jesús despojado de sus vestidos

(Te adoramos oh Cristo y te bendecimos porque con tu santa cruz redimiste al mundo)

Desnudo en tantos hombres y mujeres desnudos. Desnudos en Europa despojada de raíces cristianas por aquellos que son verdugos de todo que huele a cristiano. Desnudos de dignidad, de identidad y valor personal; desnudos de la gracia de Dios y su dignidad de hijos e hijas de Dios; desnudos y andrajosos por las calles de tantas grandes metrópolis de nuestro insólito y absurdo siglo XXI.

Desnudo te vieron nacer san José y Nuestra Señora, tu Madre, mientras te envolvía en pañales en el pesebre, la noche del establo.

Te dejaron desnudo en la cima del Gólgota para vergüenza y escarnio donde consumir sus odios y amenazas. Y mientras ellos te desnudaban, Tú a todos nos revestías de criatura nueva, junto a tu Madre fiel, pegada a tu cruz. Desnudo nos ponías en sus brazos –«he ahí a tu hijo...»– para que, como a ti, la noche que cantaron los ángeles –también a nosotros–, Ella cubriera nuestra desnudez con tus mismos pañales.

11ª estación: Jesús es clavado en la cruz

(Te adoramos oh Cristo y te bendecimos porque con tu santa cruz redimiste al mundo)

Te veo morir en la cruz y no sé por qué siento como si tuviera yo mismo el martillo en las manos. Pero Tú, por mí, por cada uno de todos, has dado la vida, como grano y uva, cuerpo que se rompe, sangre bendita que se derrama, prenda de gloria para un nuevo cielo y una nueva tierra, donde todos los pobres, todos los redimidos, se sienten en tu banquete de bodas. Nupcias de la Jerusalén celeste, sobre la cruz del cordero, que salvó a las ovejas, que al redil por fin a todas devolviste, sanas y salvas.

Te miro colgado en la cruz, con los brazos y el corazón abierto en canal como puerta santa, de par en par. Y desde ese preciso instante, Dios abraza para siempre a toda la humanidad. Abre más los brazos, buen Dios, que somos tantos los mendigos y sedientos de tu amor.